

Su naturaleza de primer principio resiste á toda composición.

En Dios, pues, está de un modo eminente todas las perfecciones, formando una sola y confundiendo en su mismo ser.

Dios es perfecto, y su perfección es inmensa, inmutable, eterna, infinita.

LA INTELIGENCIA DIVINA.

El Ser divino, cuya existencia se impone á la razón casi como un axioma indiscutible, cuya personalidad se percibe sin esfuerzo, cuya naturaleza se ostenta á las miradas del hombre en una simplicidad admirable y cuyas perfecciones, constituyendo una sola, están desligadas del movimiento y del espacio, del tiempo y del número, que fatal é inevitablemente limitan á toda sustancia creada; el Ser divino, cuya plenitud infinita está encerrada en la simplicidad más perfecta, no es, no puede concebirse como un ser infecundo, como un ser inactivo, como un ser inerte, sin fuerza y sin vida.

Dios obra; obra dentro de sí mismo, porque es

el primero y el más perfecto de todos los vivientes; obra fuera de sí mismo, porque es la causa universal de todo lo que existe.

Es necesario, por lo mismo, aunque sea rápidamente, después de haber bosquejado al Ser divino, como enseña Santo Tomás, estudiar sus operaciones: *post considerationem eorum quæ ad divinam substantiam pertinent, restat considerandum de his quæ pertinent ad operationem ipsius.*

Y la primera operación que se ofrece á nuestra vista, de aquellas que se realizan en el interior de Dios, es la operación de la inteligencia.

Dios es inteligente. Dios, que es el primer ser, tiene que ser el primer principio de todas las cosas y el creador del orden: de otro modo, no sería el primero de todos los seres.

No puede, entonces, obrar sin una idea que determine de antemano la naturaleza de cada uno de los seres y sin un designio que lleve á la unidad la muchedumbre inmensa de las cosas creadas.

La idea y el designio no se conciben sin inteligencia; Dios, entonces, tiene que ser inteligente.

Además, en la escala de las perfecciones creadas, nadie duda, que la inteligencia sobrepasa á todas.

Si en la causa está, de un modo eminente, la perfección del efecto, incuestionable tiene que ser que en Dios, causa primera, irradia la inteligencia como una perfección soberana, sin límites y sin sombras.

Hay otra observación: lo que distingue á los seres que conocen de los seres que no conocen, es que estos solo son capaces de recibir su propia forma, mientras que aquellos han nacido para recibir en sí la formas de otros seres: nadie duda que la imagen de lo conocido está en aquel que lo conoce: *species cogniti*, dice Santo Tomás, *est in cognoscente*.

El espíritu, por su naturaleza inmaterial, se abre indefinidamente y deja penetrar en él, como en una indivisible inmensidad, todos los seres bajo una forma inteligible.

Esto lo palpamos diariamente en nuestra alma: aunque cerremos las puertas de nuestros sentidos, de manera que ya no entren al alma las imágenes del mundo exterior, ella las ve todas: aparece poblada de luces, según la bellísima expresión del Padre Monsabré, como el firmamento en una noche serena.

Por eso se ha dicho, con tanta razón, que el al-

ma es en cierta manera todas las cosas: *anima est quodam modo omnia*.

El alma entiende, el alma es inteligente, porque es espíritu.

Dios, según lo hemos demostrado en artículos anteriores, es de una simplicidad absoluta: en él no hay composición de potencia y acto, de esencia y existencia.

Está, pues, según la observación de Santo Tomás, en la cima de lo inmaterial: está, pues, en la cima del conocimiento, es el supremo inteligente. No cabe, pues, ponerlo en duda, Dios es inteligente.

Para medir, hasta donde es posible, desde el fondo de nuestra pequeñez, la amplitud de esa inteligencia, estudiemos con la brevedad que demanda nuestra publicación, la ciencia de Dios.

La ciencia es al entendimiento lo que el fruto al árbol.

Si la belleza, el perfume, el sabor del fruto, revelan la excelencia de la planta que lo produce, la extensión y la elevación de la ciencia tienen que revelar la excelencia de un entendimiento.

La ciencia de Dios, en su objeto y en sus propiedades características, nos darán una idea de la suprema perfección de la inteligencia divina.

No es la ciencia, por más que así lo proclamen los modernos positivistas, el simple conocimiento de los seres particulares que nuestra memoria enumera, ni la clasificación metódica de las cosas que se asemejan, ni una comprobación laboriosa de fenómenos sucesivos que se encadenan.

La inteligencia humana con nada de eso se conforma; tiene aspiraciones más sublimes: busca que los hechos y los fenómenos y los seres se fundan en una unidad; busca siempre la causa, porque la ciencia es el conocimiento de los seres en su causa.

Esta es una ley del entendimiento: de esa ley intelectual no pueden sustraerse ni aquellos mismos que proclaman que la ciencia no se ocupa de las causas y que su misión está reducida al estudio de los hechos.

Ellos mismos sienten que sus trabajos, sobre la observación de los fenómenos, serían estériles para la ciencia si no estuviesen vivificados por el conocimiento de las causas; ellos mismos confiesan que el fruto de sus labores se perdería completamente, si no tuviesen que ofrecer, á los que ávidos esperan sus enseñanzas, más que nociones sin liga y sin unidad.

Si, pues, la ciencia depende de las causas, mayor será la ciencia cuanto más elevada sea la causa.

Una causa superior, que traiga á la unidad otras muchas causas, debe ser objeto de una ciencia superior: una causa única y suprema, que encierra en sí todas las otras causas, debe ser el objeto de la más alta de las ciencias.

Esta causa única y universal existe, según hemos procurado demostrarlo, en estos estudios: esa causa es Dios: un espíritu perfecto.

“Un espíritu perfecto, dice Platón, necesita un objeto perfecto y no hay otro más que el mismo Dios, pues, se conoce él mismo y conociéndose conoce todo.”

Su ciencia es, entonces, infinita y ella nos da la medida de su inteligencia: tiene que ser infinita.

Y ¿cómo se conoce Dios?

Para medio explicarlo, necesitamos investigar como nos conocemos nosotros mismos.

Nosotros no nos conocemos por intuición, sino por vía de reflexión.

“Nuestro conocimiento, dice el P. Monsabré, sigue una línea curva que parte de nuestra esencia y vuelve á ella.”

“En ese trayecto, continúa el sabio domini-

co, encontramos las formas inteligibles que nos hacen conocernos á nosotros mismos.”

Porque reflexionamos sobre nuestros pensamientos, conocemos la inteligencia que proyecta fuera de nosotros la luz de nuestra alma; porque reflexionamos sobre nuestras determinaciones, conocemos la libertad libre que las produce; porque conocemos los movimientos de nuestra vida y los comparamos con los movimientos de otras vidas, conocemos el principio superior que nos anima.

Tenemos conocimiento de nuestros actos en el momento que los ejecutamos: pero esta conciencia de nuestros actos no es el conocimiento de su principio.

Nos conocemos por la reflexión; pero no nos comprendemos.

Conocemos que tenemos una inteligencia, una voluntad, una vida; pero no tenemos la penetración íntima de la sustancia en que están la inteligencia, la voluntad y la vida.

Y es que nosotros no podemos ver ninguna sustancia: esta se oculta siempre bajo los fenómenos que observamos.

“Vemos, dice el P. Monsabré, que los sólidos

nos resisten, que los líquidos ceden á la presión, que los fluidos son imponderables, que los vivientes están dotados de un movimiento propio en virtud del cual se desenvuelven y pasan de uno á otro sitio, y sin embargo, la sustancia de los sólidos, de los líquidos, de los gases, de los fluidos, de los vivientes, no la vemos: la llamamos y no viene: obstinadamente se oculta en una noche impenetrable.

Lo mismo pasa con nuestra propia sustancia: tenemos la conciencia de ella, la llamamos simple é inmaterial, sin saber por intuición lo que es una cosa simple é inmaterial.

Dios se conoce á sí mismo por intuición: no necesita de hacer algún movimiento que por reflexión le haga volver á su esencia: si así fuere habría en él potencia para conocerse, y en él no hay potencia; todo es acto.

Se ve, pues, é inmediatamente penetra por intuición hasta las más íntimas profundidades de su ser, cada uno de sus actos reaparece con su irradiación infinita y los abraza todos en la unidad de una sola mirada.

En el hombre pasa otra cosa: no se comprende, no se conoce por intuición, porque no tiene ac-

tualmente todo el ser, toda la perfección de que es capaz: sus facultades se desarrollan, día á día, y al desarrollarse no agota sus facultades nativas: siempre busca, siempre espera algo.

Dios nada espera: tiene el ser en su plenitud y en acto.

Por eso ve todo lo que El es, todo lo que hace, todo lo que puede.

"Su fuerza de conocer, como dice Santo Tomás, iguala á su actualidad existente.

Dios no tiene su inteligencia como agregada á su ser: su simplicidad no lo consiente, su inteligencia es su ser: conoce, entonces, las líneas de su ser: su ser es infinito: su conocimiento tiene que ser infinito.

Si el conocimiento, si la ciencia mide la inteligencia, claro es que la inteligencia de Dios es infinita, porque se comprende á sí mismo, que es un ser sin límites ningunos.

La ciencia es la medida de un entendimiento.

Hemos visto que el entendimiento de Dios tiene que ser infinito, porque el objeto de la ciencia de Dios, del conocimiento de Dios, no puede

ser adecuadamente otro, que Dios mismo, según la frase de Platón.

Pero conociéndose Dios á sí mismo, conoce todas las cosas.

La ciencia, ya lo hemos repetido varias veces, es el conocimiento de las cosas en su causa.

Dios, con respecto á las cosas todas, sean espíritu ó materia, sustancia ó accidente, acto ó potencia, es causa universal.

Si, pues, esta causa, es conocida por Dios, Dios conoce todas las cosas en su causa, y, de consiguiente, su conocimiento es el más completo y más amplio que pueda concebirse.

Al conocerse á sí mismo, al conocer la causa universal de todos los seres, él conoce perfectamente la eficacia infinita de esa causa y todo lo que de ella necesariamente depende.

Dios no tiene que buscar el conocimiento de los seres en los seres mismos. Esto fácilmente se percibe.

El hombre tiene que buscar el conocimiento de los seres, en los seres mismos, porque de él no dependen.

Para conocerlos, el hombre pide á los seres su forma, porque él no los ha hecho. Cuando el hom-

bre hace una cosa, ya no necesita verla para conocerla.

El artista que concibe y realiza una máquina, no necesita verla para conocer su mecanismo, su manera de funcionar y los efectos que debe producir: concebida por él, la idea ejemplar está en su mente, y si la obra responde á la idea concebida, basta conocer la idea, para conocer la cosa misma, sin necesidad de mirarla.

Dios es el artista del mundo: no sólo el artista de las formas, sino de las sustancias.

Claro es, entonces, que, conociéndose á sí mismo, conoce todas las cosas.

“El entendimiento divino, dice San Dionisio, no estudia los seres en los seres mismos, no los contempla en sus formas particulares, sino que los ve y los penetra en su causa, que los comprende en toda su integridad. . . . Produciendo todas las cosas por la unidad de su fuerza, las conoce todas en la unidad de su causa; pues que ellas proceden de él y preexisten en él.”

“Dios, continúa San Dionisio, no tiene, por lo mismo, dos conocimientos: uno particular por el cual se conoce á sí mismo, y otro por el cual conoce en general á todos los seres: tiene uno solo:

como que es causa universal, desde que se conoce á sí mismo, no puede ignorar nada de lo que ha producido.”

Así es que Dios sabe todas las cosas, porque las ve en él mismo y no porque las ve en ellas.

Si así no fuera, Dios no sería perfecto.

Si Dios tuviera que buscar el conocimiento de los seres, en los seres mismos, y no en él solo, algo le vendría de afuera.

Principio es, que la razón fácilmente concibe, que todo objeto que viene de afuera, á tomar asiento en la inteligencia, acrece la perfección de ésta.

“Nosotros, como dice el P. Monsabré, somos deudores de nuestros conocimientos á la actividad de nuestro espíritu, pero no lo somos menos á los objetos que se nos presentan: mendigamos, como él mismo dice, al rededor de nosotros mismos, nuestra propia perfección.”

Pedimos á los objetos lo que necesitamos, para extender el círculo de nuestros conocimientos.

Mientras no los estudiamos, estamos en potencia para conocerlos.

En Dios no hay esta deficiencia: en Dios no hay potencia.

Dios tiene que conocer por el medio más perfecto, y, para la primera verdad, para la causa eterna é infinita, no son un medio perfecto los seres finitos.

En consecuencia, conociéndose Dios, conoce todo del modo más completo, del modo más absoluto, del modo más perfecto.

Como la esencia divina es el reservatorio infinito de las perfecciones que poseen las criaturas, es de ellas la causa total y única, es evidente que viene de Dios todo aquello que tienen de común todos los seres, lo mismo que todo aquello que tienen para especificarse y distinguirse

Así es que, conociéndose Dios como se conoce á sí mismo, ve en él todas las cosas, según su razón propia, según su perfección específica é individual.

Dios ve todo, aun aquello de lo que apartamos nuestras miradas, como indignas de nuestra contemplación; *Excelsus Dominus et humilia respicit.*

Ve los movimientos grandiosos de la materia y sus más imperceptibles vibraciones; los majestuosos desenvolvimientos de la vida y sus primeras palpitations en el átomo.

Los pensamientos y los deseos que lanzamos atrevidamente á la vida pública y los que ocultamos en las profundidades de nuestra alma: *scrutans corda et renes.*

“El escucha de lejos, dice el padre Monsabré, el ruido que hace nuestra inteligencia al producir sus pensamientos; *intelixisti cogitaciones meas de longe.*”

Dios ve todo: el mal que no habita en él, el mal que no ha hecho ni puede hacer, el mal que no puede ser conocido por él mismo, pero que lo conoce, porque como dice el padre Monsabré, es la universal é imperecedera luz del bien.

Si la luz fuera inteligente, pregunta el sabio dominico, ¿no sabría en dónde está y en dónde no está? ¿No conocería la luz y las tinieblas?

Dios, que es la luz sin ocaso, tiene en consecuencia que ver las tinieblas del mal.

Tu scis, decía el pecador y arrepentido David: *insipientiam meam, et delicta mea a te non sunt abscondita.*

Dios ve lo que fué, lo que es y lo que será, y lo ve, porque en Dios la vida está concentrada toda en un solo punto: no hay para él pasado, ni futuro.

El futuro necesario ó contingente, está á la vista de Dios: de otro modo ni sería eterno, y la incertidumbre y las sorpresas turbarían sus acciones, oprimirían su perfección.

Los actos libres del hombre, de que se cree él único principio y que por lo súbito derrotan toda previsión, son conocidos por Dios, sin que este conocimiento les quite su carácter de libres.

Algunos han dicho: si se cree en la preciencia divina, hay que suprimir la libertad humana; si se cree en la libertad humana, hay que suprimir la preciencia divina.

“Una simple observación, dice el padre Monsabré, basta para destruir el sofisma: Dios prevé las cosas futuras, como ellas deben realizarse; la preciencia no cambia la naturaleza de las cosas. Si estas cosas son libres, las prevé como libres: no son necesarias porque están previstas.”

Dios ve todo: su inteligencia, dice el padre Monsabré, sin límite conocido, se extiende más allá de la esfera en que están contenidas las cosas, en la actualidad presentes á su vista.

No se conocería, si no supiese, con lo que ha hecho y con lo que quiere hacer, lo que puede hacer.

Sabe, pues, todo lo que nunca ha de existir, to-

do lo que pudiera existir si quisiera, y esta ciencia de lo posible no tiene, dice Santo Tomás, otra medida que el poder infinito que tiene su esencia, de ser participada hasta lo infinito y de infinita manera.

Pero si es grande la ciencia de Dios, por razón de su objeto y por razón, digamos así, de su extensión, porque conoce todos los seres existentes y posibles, no es menos grande por las propiedades que la caracterizan y la distinguen.

El primer carácter de la ciencia de Dios, en su naturaleza incomunicable.

En Dios, la ciencia no se forma, es.

Formarse es lo propio de la ciencia humana que procede por actos sucesivos y marcha laboriosamente á la conquista de las causas, antes de poder resolver en ellas sus efectos.

En Dios no hay sucesión, no hay potencia.

La inteligencia divina, sin retardo, sin turbación, sin esfuerzo, se apodera de un solo golpe del centro de los seres, de la causa universal de todas las causas, aun antes de su existencia.

Dios ve, mientras que nosotros buscamos.

Y aunque algún día podamos participar, en cuanto sea posible, de la ciencia de Dios, nuestra

ciencia, estará siempre infinitamente distante de la suya.

En nosotros, la ciencia es recibida, en Dios está como una fuente; en nosotros perfecciona, en Dios es perfección subsistente; en nosotros es un accidente, en Dios es sustancia; en nosotros agrega algo á nuestro ser, en Dios, es el ser mismo.

“En Dios, dice admirablemente Santo Tomás, la inteligencia, y el inteligente, y el objeto de la inteligencia, y el medio por el cual se adquiere el conocimiento, y el acto mismo de la inteligencia, todo esto es un solo y mismo ser: *In Deo intellectus, intelligens, et id quod intelligitur, et species intelligibilis, et ipsum intelligere sunt omnino unum et idem* ¹

El segundo carácter de la ciencia divina, es la unidad de su plenitud,

La ciencia humana es discursiva.

En la ciencia humana, hay dos discursos.

Uno en cuanto á la sucesión: después que hemos entendido una cosa, pasamos á entender otra.

El otro es en cuanto á la causalidad, después

¹ L. P. Quæst. XIV, art. 4.

que hemos establecido un principio, pasamos á la consecuencia;

El primer discurso, no puede haberlo en Dios.

Lo hay en nosotros. porque no podemos ver las cosas simultáneamente: cuando podemos ver algunas juntas, ya no necesitamos verlas sucesivamente, como cuando vemos muchas cosas reunidas en un espejo ó en el foco de una cámara oscura.

Dios lo ve todo en un solo foco, digamos así, lo ve en él mismo: no puede, por lo mismo, haber en él, discurso, por razón de sucesión.

Tampoco lo puede haber por razón de causalidad.

Establecido un principio que conocemos, tratamos de buscar una consecuencia que no conocemos: pasamos de lo conocido á lo no conocido: de manera que no conocemos la consecuencia en el principio; la sacamos del principio y así la conocemos.

Dios, causa universal, al conocerse á sí mismo intuitivamente, conoce la causa y todos los efectos en ella contenidos: el discurso es, entonces, en él, inconcebible:

Si en Dios no hay discurso, claro es que todo

lo ve en una sola mirada: la unidad de su ciencia, es indiscutible.

El hombre, por más que se afane la humanidad, por muchos siglos que viva y vaya dejando á las generaciones que siguen el tesoro de sus conocimientos, no ha llegado, ni llegará jamás á fundir en la unidad, la infinita variedad de las ciencias.

Tenemos ciencias: ciencia filosófica, física, matemática, fisiológica, económica, social, histórica; pero no tenemos la síntesis de todos los conocimientos en el más simple y elevado de los principios.

Nuestros conocimientos se dividen como sus objetos.

En Dios, causas y efectos, principios y conclusiones, seres espirituales y corporales, cosas nobles y viles, pasado, presente, futuro, posible, todo se funde en la simplicidad del Ser infinito: como dice el P. Mousabré, en Dios no hay más que un conocimiento, simple como su esencia, único objeto de una sola y eterna mirada.

El tercer carácter de la ciencia divina es su inmutable verdad.

Conocer las cosas como son, es poseer la verdad.

La verdad, es por eso, una ecuación entre la inteligencia y su objeto.

Si expresamos al exterior esta relación de igualdad, debe haber ecuación entre el conocimiento y la palabra.

Hay, pues, verdad en el conocer y verdad en el decir.

Podemos poseer la verdad; pero ¿la poseemos siempre?

Podemos decir la verdad; pero ¿la decimos siempre?

La historia de la humanidad, en tristes páginas, consigna á cada paso las variaciones de la ciencia humana.

De un día á otro, de un año á otro, de un siglo á otro, uno de los términos de la ecuación se nos oculta sin quererlo: la tesis de hoy cambia mañana.

En Dios, la ecuación es siempre la misma; entre su inteligencia y el objeto de ella, que es él mismo, la relación de igualdad jamás se altera.

Su palabra es la expresión viva y adecuada de su conocimiento.

La verdad de su ciencia es inmutable, porque sólo en Dios la ciencia es una: en él no hay ni

movimiento de inteligencia, ni progreso de conocimientos, ni alternativa de juicios.

El último carácter de la ciencia divina es su eficacia.

La ciencia divina, dice Santo Tomás, es la medida de todo ser y de toda inteligencia.¹

La idea es en Dios, como en nosotros, el primer principio de las obras exteriores.

“Dios hace los seres, dice San Agustín,² pero no los haría si no los conociese, y no los conocería si no los viese, y no los vería si no los tuviese.”

Siendo Dios la simplicidad misma, no puede tener á los seres en sí según su naturaleza; los posee, entonces, en una forma pura y elevada, por medio de la idea.

Las ideas en Dios son multitud inmensa é inseparable unidad encadenada á su esencia.

“Las ideas en Dios, dice profundamente Santo Tomás,³ son la esencia divina misma, en tanto que es participable y puede ser imitada por las creaturas.”

En Dios, agrega el P. Monsabré, está el con-

1 I P. Quæst. XIV á 5.

2 De Genes. ad litt. lib. V, cap. 5.

3 I P. Quæst. XVI á 2.

cepto de cada uno de los seres, de sus reglas, de sus relaciones, de su orden admirable.

Un solo golpe de vista de una, única, ciencia, abarca á un mismo tiempo las partes y su conjunto, y dirige el *fiat* soberano que debe fecundar la nada, dar á la creación el número, el peso y la medida y sacar el orden del caos.

Sin esta dirección práctica, el *fiat* jamás sería pronunciado, y el poder divino, al que nada resiste, quedaría estéril eternamente.

Dios, pues, hace todas las cosas por su sabiduría.

Dios no conoce á las creaturas, porque son, sino que son, porque él las conoce.

La ciencia divina, es el artista supremo de todas las cosas: es la medida de todas ellas.

La ciencia divina tiene por objeto adecuado á Dios mismo, abarca el conocimiento de todos los seres, existentes y posibles; es incomunicable, una en su plenitud, inmutable en su verdad, poderosamente eficaz en sus obras.

Esta ciencia es la medida de la inteligencia divina.

La inteligencia divina tiene, entonces, que ser prodigiosamente infinita.